

LECCION XI.

OBRA DE LOS SEIS DIAS.

Continuacion del dia sexto. — Las hormigas. — Las abejas. — Los gusanos de seda.
— Los reptiles y los animales del campo. — Armonías del mundo. — El mundo es un libro.

1º. *Las hormigas.* Habiendo dirigido ya una rápida ojeada sobre los insectos en general, detengámonos un instante á considerar de mas cerca algunas de estas maravillosas miniaturas : nuestro estudio será recompensado con útiles instrucciones. Entremos, por ejemplo, en la escuela de la hormiga. La sábia preceptora está á nuestras órdenes; tomemos asiento y veamos. Las hormigas son un pequeño pueblo reunido como las abejas en un cuerpo de república que tiene sus leyes y su policía, y habitan una especie de ciudad cruzada por varias calles que van á parar á diferentes almacenes. Una parte de los ciudadanos aseguran el terreno é impiden su desplome por medio de un baño de cola con que lo cubren; estos son los albañiles de la república. Las demás hormigas, las que vemos ordinariamente, son los carpinteros, los cuales reunen con actividad increíble pedacitos de madera para atravesar sobre las calles y sostener la cubierta, cargan estas vigas con otras maderas longitudinales, y convertidas despues en hábiles pizarreros, amontonan por encima un conjunto de juncos, yerbas y pajas secas. Al primer golpe de vista todo esto parece muy irregular, pero este desórden aparente oculta un arte y un designio que se encuentra luego que se examina con detencion.

Bajo ese montecillo que es su albergue, y cuya forma facilita el derrame de las aguas, se encuentran galerías que, comunicando unas con otras, son como las calles de la pequeña ciudad, y terminan en los almacenes, de los cuales unos sirven para guardar las provisiones, y otros para depositar los huevos y las larvas.

En cuanto á las provisiones, todo es bueno para ellas, y se acomodan á todo lo que puede comerse. Se les ve cargar con un ahinco maravilloso, á la una la pepita de un fruto, á la otra un mosquito muerto. No está permitido á todos los ciudadanos vagar de aquí para allá á la aventura; hay algunas encargadas de ir en descubierta. Por sus informes, todo el pueblo sale al campo para ir á dar un asalto á una pera bien madura, á un pan de azúcar ó á un tarro de dulce, y corren desde el fondo del jardin hasta el tercer piso para llegar á este tarro. Es una cantera de azúcar, un Perú descubierto; pero para ir

y volver se arregla la marcha, y todo el mundo tiene órden de reunirse por una misma senda.

Como los caminos son con frecuencia largos y muy tortuosos, la Providencia ha dado á estos viajeros un medio para no extraviarse nunca. Las hormigas dejan como las orugas huellas por donde pasan, huellas que no son sensibles á los ojos, pero que lo serán mas bien al olfato. Se sabe que las hormigas exhalan un olor penetrante; si se pasa varias veces el dedo sobre la pared por donde suben y bajan en hilera, se detendrán al instante, y se las verá titubear, retroceder, ir y venir á derecha é izquierda hasta que una mas atrevida se expone á tantear el paso y abre el camino.

Despues de haber pasado el verano en una tarea y agitacion continua, las hormigas permanecen en el invierno cerradas y cubiertas, gozando en paz el fruto de su trabajo. Hay no obstante la mayor apariencia de que comen poco en el invierno, y que están adormecidas ó aletargadas como otros muchos insectos. De modo que su afan en hacer provisiones tiende menos á precaverse para el invierno, que á proveerse durante la cosecha de lo necesario para sus crias, las que alimentan al salir del huevo con una atencion que ocupa á la nacion entera. El cuidado de la juventud es considerado entre ellas como un negocio de Estado.

No es esta la única leccion que nos dan las hormigas. La estructura de sus miembros, su industria, su diligencia incansable, la policía de su república, los tiernos cuidados que prodigan á sus hijos y otras muchas propiedades hacen brillar á nuestros ojos la sabiduría de este gran Ser que es su criador y el nuestro. No hay obra alguna de Dios que deje de ser buena y digna de admiracion, por inútil y perjudicial que parezca á primera vista. Los árboles no tienen una hoja, nuestros prados una yerba, ni nuestras flores un estambre que sea inútil, y el mismo arador no ha sido hecho en vano. Dios ha querido darnos á conocer el uso de algunas de estas criaturas, para que no podamos dudar del uso de las demás, aunque sea para nosotros oculto. Hormigas tan despreciadas, vosotras podeis enseñarnos esta verdad; y si nos aprovechamos de vuestras lecciones, no nos apartaremos nunca de un hormiguero sin haber progresado en la sabiduría.

Acabamos de visitar una república, y vamos á entrar en una monarquía; hénos aquí lanzados sin saber cómo en la política. Entre las abejas una sola dirige toda la nacion, y no solamente es la reina sino la madre del pueblo, á cuya prerogativa debe el extremado afecto que todas le profesan. Vedla casi siempre rodeada de un círculo de abejas ocupadas únicamente en el cuidado de serle útiles. Unas le presentan miel, otras la acarician pasándole repetidas veces la trompa sobre su cuerpo á fin de quitarle todo lo que pudiera

mancharla, y cuando marcha, todas las que están á su paso se apartan para facilitárselo.

La mayoría de la nacion se compone de *trabajadoras*. Á ellas se debe la construccion de esos panales donde brilla tan fina geometría, y cuyos materiales van á recoger en las flores. La cera la componen con el polvillo de los estambres, y reunen con su trompa la miel. ¡Qué motivo de admiracion! Que se presente la trompa de una abeja á quien querais, y dirá: es una pata de mosca, ¿para qué sirve? Este instrumento es sin embargo tan precioso, que una abeja va á recoger con su auxilio mas miel en un dia que todos los químicos del mundo en un año.

Mientras una parte de las abejas se ocupa en recoger la cera y la miel, y en llenar con ella los almacenes, otras se emplean en diferentes trabajos. Unas elaboran la cera y construyen celdillas, otras pulen la obra y la perfeccionan; estas cierran con cera cubierta de cera las celdillas que contienen la miel, pues como debe conservarse para el invierno, esta precaucion es indispensable para precaver su alteracion; aquellas dan de comer á las crias, y cada cual tiene su tarea⁴.

No se da de comer á las que van á los campos, porque se supone que no se olvidan de hacerlo. Las que elaboran las celdillas hacen un trabajo muy penoso, pasan y repasan su boca, sus patas y el extremo de su cuerpo sobre toda la obra, no abandonándola hasta que todo queda hermoso y perfecto. Como necesitan comer de vez en cuando, y sin embargo no pueden salir, algunas de sus compañeras están allí dispuestas para darles de comer cuando lo piden. Se hablan por señales: la trabajadora que tiene hambre baja su trompa ante la repostera, y esto significa que es preciso comer. La repostera abre su botella de miel, y vierte algunas gotas en la trompa de su hermana. Terminada la frugal comida, vuelve al trabajo, y agita las patas y todo su cuerpo como antes.

¿Para qué tanta actividad? ¿Para quién es ese delicioso néctar? ¡Ah! es para mí, es para mi boca, que tantas veces se permite palabras de maledicencia y de pecado. ¡Dios mio, perdonad mi ingratitud!

2º. *Los gusanos de seda*. Si las abejas nos proveen de lo que hay

⁴ Véase san Basilio, *Hexaem.* Homil. VII, pág. 73. — Los modernos que han tratado de la obra de los seis dias, y que han escrito sobre la historia natural, ó no han hecho mas que copiar á san Basilio y á san Crisóstomo, ó no han dicho nada mas sensato é ingenioso. Conviene advertirlo, especialmente en el dia en que tanto caso se hace de la ciencia actual y tan poco de la *antigua*. Á los ojos de los literatos, hasta nuestros padres tienen sobre los autores modernos la innegable ventaja de la elocuencia, y á los ojos del Cristiano la mas preciosa aun de la fe y de la piedad, que demuestra Dios en todas sus obras.

de mas exquisito en nuestro sustento, los gusanos de seda nos dan todo lo que hay de mas preciso en nuestro vestido. Así es como Dios, tanto en el órden de la naturaleza como en el de la Religion, se sirve de los mas débiles instrumentos para llevar á cabo las mas grandes cosas. Si, la seda que por mucho tiempo solo usaron los reyes, y que se vende á peso de oro, la debemos á un insecto mezquino que solo parece digno de ser pisoteado.

El gusano de seda convierte una parte de su alimento en una especie de licor glutinoso y espeso que reserva depositado en un saquito muy largo oculto en lo interior de su cuerpo. El animal tiene debajo de la boca una especie de hilera que consiste en una membranita con varios agujeros; hace salir por dos aberturas de esta hilera dos gotas del licor de que está lleno el saco, y forma como dos copos que dan continuamente la materia con que compone su hilo. Un gusano solo hila cerca de dos mil piés de seda.

Así pues, un insecto que apenas nos dignamos honrar con una mirada, es una bendicion para provincias enteras, un objeto considerable de comercio y una fuente de riquezas, y él solo asegura el sustento de millones de hombres. Cuando el gusano de seda ha dado fin á su tarea, despues de haber hilado por largo tiempo para el público, y conoce que le faltan pocos dias para terminar la primera época de su vida, trabaja para sí, se envuelve completamente con hilo de seda que pasa en torno de su cuerpo, formándose un sudario fúnebre, un sepulcro donde se oculta y se pierde. ¿Muere en él? No; se transforma y se convierte en una linda mariposa. Son dos animales enteramente diferentes.

El primero era terrestre y se arrastraba lentamente; el segundo es la misma agilidad, que nunca permanece en la tierra, y que se desdén en cierto modo de pisarla. El primero era de aspecto repugnante, el otro está adornado con los mas vivos colores; el primero se ceñía únicamente á un alimento vulgar, y este va de flor en flor, vive de miel y de rocío, y varía continuamente de placeres, gozando en libertad de toda la naturaleza y embelleciéndola con su presencia. ¡Graciosa imágen de nuestra propia resurreccion! Así es, Dios mio, como habeis sembrado por todas partes en la naturaleza rayos de luz que nos ayudan á concebir las cosas celestes y las mas sublimes verdades.

3º. *Los reptiles y los animales silvestres*. En la primera parte del dia sexto Dios hizo tambien los reptiles y los animales silvestres, respecto á los cuales nos limitaremos á algunas reflexiones generales. Aplicadas á cuanto parece á nuestra ignorancia un desórden en la naturaleza, no justificarán á la Providencia, porque no lo necesita, pero harán que brillen con nuevo esplendor el poder y la sabiduria del Criador.

El mundo es obra de un poder, de una sabiduría y de un amor infinito; lleva escrito con caracteres de fuego el sello de su origen, y Dios, despues de cada creacion, decia : *Esto es bueno*, es decir, esto corresponde perfectamente á mi idea y al fin que me he propuesto. El mundo es bueno, porque cuenta mi gloria; porque enseña al hombre inocente mi existencia, mi poder, mi sabiduría y mi amor hácia él, y porque corrige al pecador, le impide que me olvide, y le atrae al bien atrayéndole á mí.

Así pues, el mundo visible, lo mismo que el invisible, son en último resultado para la gloria de Dios y la salvacion del hombre. Todas las criaturas cuyo destino hemos dado á conocer hasta aquí, nos prueban elocuentemente esta verdad, é igual lenguaje tendrán con nosotros las demás cuyo uso nos es menos conocido, y que hasta nos parecen nocivas, ó cuando menos inútiles.

Ya que tratamos de los reptiles, empecemos por las serpientes. Estos animales, cuyo solo aspecto nos aterra, y cuya mordedura da la muerte, nos manifiestan sin embargo el poder y la sabiduría de Dios. 1º. Las serpientes tienen una destreza y agilidad sorprendentes, y algunas son de una magnitud desmesurada y de una fuerza prodigiosa. 2º. Nos libran de una multitud de animales y de insectos cuyo número excesivo devastaria nuestras campiñas, manteniendo de esta suerte el equilibrio entre las diferentes especies de la creacion. 3º. Tienen además una ventaja superior : enseñan al pecador á temer al Dios poderoso y terrible que crió esos millares de animales, de los cuales uno solo bastaria para asolar un país.

Lo mismo sucede con los animales y fieras del campo. El designio de Dios, al poblar las montañas y los bosques de toda especie de animales de que el hombre no toma cuidado alguno, fué probarle la extension de su providencia y su atencion particular sobre los seres vivos que están ocultos en los peñascos y en las soledades. Sin cabañas, sin huertos, sin almacenes y sin auxilio alguno de los hombres, estos animales están mejor provistos de todo, son mas ligeros en su carrera y mas fuertes, están mejor alimentados, y tienen el pelo mas lucido y una forma mas regular que los que reciben todos sus cuidados del hombre.

Estos animales silvestres y carnívoros sirven, pues, como las serpientes : 1º. para demostrarnos la extension de la Providencia; 2º. para mantener al hombre en el temor, enseñándole á temblar delante del que ha criado tan temibles animales confinados por su sola mano á los desiertos; 3º. para castigar al pecador, que con su desobediencia ha merecido que todo lo que se le habia concedido se negase á obedecerle. Cuando el hombre se pervirtió y fué arrojado del lugar donde todo estaba arreglado en vista de su inocencia, encontró su destierro preparado ya para hacerle cumplir la penitencia que se le habia im-

puesto, y esta es una de las hermosas armonías que se encuentran á cada paso entre el mundo físico y el moral; 4º. estos animales feroces son además útiles al hombre, porque se llevan lejos de su habitacion y se comen los cadáveres, que, quedando expuestos sobre la tierra, corromperian el aire y engendrarian enfermedades⁴; 5º. disminuyen, haciéndoles la guerra, otras especies de animales que si fueran mas numerosos destruirian las mieses ó los frutos, ó dañarian á los animales domésticos. La mano que los desencadena los contiene en el momento que han hecho una carnicería suficiente de los animales que les sirven de pasto, para impedir que dañen al hombre, pero insuficiente para impedir que las especies se perpetúen y cumplan su mision providencial; 6º. finalmente, formando en torno de los países habitados un temible cordon, enseñan al hombre que nació para vivir en sociedad, y que le espera la muerte si llega á romper los lazos sagrados que le unen á sus hermanos y constituyen su fuerza.

Si de las serpientes y animales silvestres pasamos á los insectos, encontraremos la misma sabiduría y las mismas armonías. ¿Cuál es, preguntan, la utilidad de las orugas, por ejemplo, y de tantos otros insectos tan incómodos? ¿No podria pasarse el mundo sin ellos? Solo el ignorante y el impio hacen semejantes preguntas; y cuando el hombre ilustrado por la doble luz de la ciencia y de la fe las oye, se encoge de hombros.

No, nada de eso es inútil.

Suprimid las orugas y los gusanos, y quitais la subsistencia á las aves, pues las que comemos y nos regocijan con sus cantos no tienen otro sustento durante su infancia. Desde su cuna dirigen su voz al Señor, y él multiplica para ellas un alimento proporcionado á su delicada estructura, y para ellas esparce por do quiera los gusanillos y las orugas.

Los tiernos pajarillos no salen de sus huevos, por una admirable coincidencia, hasta que las orugas están en los campos, y estas desaparecen cuando robustecidas las crias necesitan ó pueden contentarse con otro alimento. Antes del mes de abril no hay orugas ni polladas, y en el mes de agosto ó setiembre no hay ó casi no hay polladas ni orugas. La tierra se cubre entonces para las aves de semillas y de otros víveres de toda especie.

Las aves han tenido hasta entonces su provision asegurada con las orugas, y era justo que estas tuviesen tambien un alimento seguro; se les da en efecto en las yerbas y las plantas. Ellas tienen como nosotros su derecho sobre la verdura de la tierra, y su título está tambien en

⁴ Considerando el término medio de su existencia, se calcula que cada año perece la vigésima parte de los animales. ¿No se convertiria la tierra en una inmundicia cloaca si todos estos cadáveres, pequeños y grandes, se corrompieran en su superficie?

debida forma como el nuestro, porque es precisamente el mismo. Cuando nosotros tomamos á mal que hagan uso de su derecho, las orugas y los demás insectos pueden recordarnos el Génesis, cap. 1, vv. 29 y 30. Con este título en mano: su abogado podría emplazarnos ante los tribunales, y á buen seguro que un juez incorruptible no decidiría en favor nuestro la contienda.

Esta asociación de los insectos con el hombre en el permiso de hacer uso de la yerba y de los frutos de la tierra, es para nosotros incómoda algunas veces. Nos quejamos de ello, y somos injustos, porque ellos tienen su derecho; ciegos, porque no vemos ó afectamos no ver su utilidad; egoístas, porque si esos insectos, orugas, moscas y hormigas nos recogieran miel ó nos hilaran seda, aunque fuera á expensas de un millón de otras criaturas, haríamos mucho caso de ellas; pero nos creemos autorizados á exterminarlos porque dañan á algunas plantas de que hacemos uso.

Es preciso recordar por otra parte que es un mal previsto y ordenado. El hombre no necesita únicamente subsistir, sino también instruirse. Su ingratitude queda confundida cuando los insectos le van á arrebatarse lo que Dios había desplegado liberalmente á sus ojos, y no lo queda menos su orgullo cuando el Señor da la señal de marchar á sus ejércitos vengadores, y llama contra el hombre á la oruga, la langosta ó la mosca, en vez de hacer venir los leones y los tigres. ¿Qué instrumentos emplea para humillar á los hombres que se creen fuertes, grandes é independientes? Gusanillos ó moscas. Es preciso que el hombre advierta sin cesar que la tierra es un destierro y la vida una prueba, y todo cuanto turba sus gozes, agita su felicidad terrena y entristece su vida, es un mensajero celeste que le dice: Acuérdate que la dicha no es de este mundo. ¡Oh! si comprendiera esta lección que á su modo le dan los insectos, la concupiscencia desaparecería ó quedaría contenida en justos límites, y la tierra estaría en paz, porque sería recto el corazón del hombre.

Ya lo veis, pues; todo tiene su objeto y su utilidad, porque *todo lo que Dios ha hecho es bueno en su tiempo*⁴. Aunque nuestra débil razón no penetrara los motivos de sus obras, ¿tendríamos derecho por esto á quitarles ó añadirles alguna cosa? Oid el siguiente rasgo que reasume cuanto acabamos de decir, y que se aplica á todos los pretendidos desórdenes de la naturaleza.

Federico rey de Prusia supo en el último siglo que los gorriones se comían todos los años en sus Estados cerca de dos millones de fanegas de trigo. ¡Qué estrago! Era un desorden al que debía ponerse coto; y en consecuencia publicó un edicto en el cual prometía una cantidad de dinero por cada gorrion que le presentasen. Todos los

⁴ Eccles. iii, 11.

Prusianos se hicieron cazadores, y los desventurados gorriones desaparecían visiblemente. Se les hizo tan ruda guerra, que en menos de un año era muy raro encontrar un gorrion en el reino de Prusia. El pueblo esperaba una cosecha magnífica, y el rey filósofo estaba orgulloso de haber dado una lección de sabiduría á la Providencia. Pero ¿qué sucedió? Que al año siguiente devoraron los prados y las mieses bandadas de orugas y de langostas libertadas de sus enemigos; y fué tal el estrago y la desolación, que humillado y confuso Federico, se vió obligado á anular su ley al momento y á prohibir bajo las penas más severas la muerte de un solo gorrion en todos sus Estados⁴.

⁴ El agricultor americano aprecia mejor de lo que se hace generalmente en Europa los servicios que están destinadas á prestar las aves insectívoras. Mr. Baxton se esfuerza, en su *Historia natural de Pensilvania*, á hacer resaltar con mucha sagacidad la utilidad de las aves silvestres. No existen en realidad más destructores de las cosechas que los cuervos y las palomas; pero en cuanto á estas, además de ser fácil limitar su número, devoran en los campos cultivados tantas semillas de yerbas nocivas á las cosechas, como granos confiados á la tierra. El arabela, ave particularmente ávida de abejas, que espía para cogerlas al paso cuando vuelven á la colmena cargadas con el botín, es considerada con derecho como enemigo del agricultor.

Respecto de las demás, un examen atento demuestra la utilidad de las especies que pudieran creerse buenas tan solo para ser destruidas, y por esta razón una ley especial del Estado de Virginia prohíbe matar los buitres, porque se ha reconocido que contribuyen á purificar el aire devorando antes de su putrefacción los cadáveres numerosísimos en ciertas estaciones de los bisontes y de los demás grandes animales silvestres. Hagamos justicia, dice Mr. Baxton, á la conducta razonable de tantas aves á quien sin motivo habían dado tan mala reputación nuestras preocupaciones de la infancia, fundadas en falsas apariencias.

Tal ave que, vista á cierta distancia, parece ocupada en devorar los granos en la espiga, porque picotea en efecto con ahinco entre sus aristas, no busca el grano, sino el insecto que lo roe. Una observación superficial nos hace creer que destruye las cosechas en el mismo instante que las defiende de sus verdaderos enemigos.

Las aves cantoras y parteras pasan por enemigos de nuestras cerezas y de otros frutos encarnados; y aunque se los comen en verdad, forman sin embargo su principal alimento las orugas y las arañas. Los petirojos que frecuentan nuestros emparrados, no van á buscar en ellos las uvas, sino los mosquitos y los gusanos. Dejemos, pues, que vivan los pobres animales, porque no nos roban el fruto de nuestro trabajo, sino que vienen mañana y tarde á revolotear gratis bajo nuestras ventanas sobre los emparrados que tapizan nuestras casas.

La mayor parte de las avecillas del orden de las perezosas reclaman bajo todos aspectos nuestra protección; muchas de ellas son exclusivamente insectívoras; algunas comen á la vez semillas é insectos, y casi todas contribuyen á nuestros placeres con la melodía de su canto. El daño que nos causan es muy insignificante si se compara con los servicios que nos prestan en compensación.

Uno de los pájaros más útiles para la destrucción de los insectos es el reyezuelo. Esta avecilla, en vez de temer la presencia del hombre, busca su sociedad; y en varios Estados de la América del Norte se ha notado de tal suerte el partido que se puede sacar de estos pájaros, que ponen á su disposición, cerca de cada casa del campo, una caja de madera al extremo de un palo, para que construyan allí sus nidos, lo cual hacen siempre; y cuando salen los polluelos, los padres buscan con esmero los insectos para el pasto de sus tiernos hijos.

4º. *Armonías del mundo.* Efectivamente, todo se enlaza en el mundo visible lo mismo que en el invisible. Quitad un insecto, una yerba, un átomo, y rompéis la cadena de los seres, desbaratais el equilibrio, y turbais la armonía universal; porque este insecto, esta yerba y este átomo, lo mismo que la idea que expresan, están enlazados con otras ideas y otros átomos, y por medio de estos con partes mas considerables del todo. Si se dijera que no tenían enlace alguno, ¿dónde estaría la razon de su existencia?

Así pues, esas pequeñas producciones de la naturaleza, que los hombres míopes juzgan inútiles, no son granos de polvo sobre los caminos de la vasta máquina del mundo, sino pequeñas ruedas que se comunican con otras mayores. Cada ser tiene su actividad propia, cuya esfera está determinada segun la categoría que debe tener en el universo. Un arador es un pequeñísimo móvil que conspira con móviles cuya actividad se extiende á mayores distancias. Las esferas se ensanchan de este modo cada vez mas, y esta maravillosa progresion se va elevando por grados desde la esfera del arador á la del Ángel.

Todas las partes del universo obran unas sobre otras recíprocamente. Los animales se apoyan en los vegetales, estos en los minerales, y los minerales en la tierra; la tierra gravita sobre el sol, y este sobre la tierra y sobre los demás planetas; los planetas sobre el sol, y los unos sobre los otros; y la balanza del universo permanece en equilibrio en la mano del Eterno¹.

Las especies y los individuos tienen relacion con la magnitud y solidez de la tierra, y estas tienen relacion con el puesto que ella ocupa en el universo. Lo físico corresponde con lo moral, y lo moral con lo físico, y uno y otro tienen por fin la felicidad de los seres inteligentes,

Uno de mis amigos contó con atencion constante el número de viajes que hizo una pareja de reyezuelos albergados en una de estas cajas, y vió que ascendian por término medio á 50 por hora, siendo siempre el minimum 40 y el maximum 60; una vez tan solo hizo 71 viajes en una hora. Esta caza dura sin descanso todo el dia. Un término medio de 50 da en doce horas 600 orugas ú otros insectos de que cada par de reyezuelos libra diariamente el huerto y el jardín mientras tienen crías que alimentar. Este cálculo no supone que en cada viaje traiga solo un insecto, sino que en realidad trae con frecuencia dos ó tres á un tiempo, lo cual produce una destruccion de 1,200 á 1,800 insectos diarios.

En las comarcas donde se cultiva el tabaco hemos visto infinitas veces á los negros, hombres, mujeres y niños, ocupados en medio del dia en espulgar plantaciones de veinte y cinco á treinta hectáreas de tabaco para preservar sus preciosas hojas de la voracidad de las orugas; algunos pares de reyezuelos hubieran prestado el mismo servicio. Y ¿no se tiene acaso en cuenta su alegre compañía y el dulce canto con que además nos regocijan? Si aparte de esto se toman la libertad de picotear algunas cerezas ó frambuesas, no debe sentirlo el arrendador razonable, porque es justo que disfruten de una parte de las producciones que saben tan bien defender. (*Diario de agricultura práctica.*)

¹ Véase Linneo.

resultando la armonía del universo de las relaciones que existen entre todas las partes del mundo, y en virtud de las cuales conspiran á un fin general.

Todas las criaturas se enlazan, se suponen y se llaman mutuamente; entre la mas elevada y la mas baja, y entre el Ángel y el gusano existe un número casi infinito de intermediarios, y la serie de estos grados compone la *cadena universal*, cadena magnífica que une todos los seres, enlaza todos los mundos y abarca todas las esferas. Únicamente un ser está fuera de esta cadena; es El que la ha fabricado.

Una densa nube nos oculta las partes mas bellas de esta inmensa cadena, y nuestros ojos no pueden ver mas que algunos de sus eslabones mal enlazados, interrumpidos y en un orden muy distinto á no dudar del natural. La vemos serpentear sobre la superficie de nuestro globo, penetrar en sus entrañas, lanzarse por la atmósfera, ó hundirse en los espacios celestes, donde no la descubrimos mas que por los rayos de luz que aisladamente lanza. Lo que brilla á nuestros ojos, inflama nuestro corazon; y lo que se escapa á nuestras miradas, humilla nuestra razon, y visible ó invisible, nos instruye y nos hace mejores. Con este objeto la hizo Dios.

5º. *El mundo es un libro.* Así pues, el mundo es la expresion de un pensamiento divino. Dios no expresó su pensamiento sino para darse á conocer, y por consiguiente para que se le amara y sirviera; porque la expresion de su pensamiento revela un poder, una sabiduría y un amor infinitos. El mundo visible no es, pues, mas que el velo transparente de un mundo invisible, y cada criatura es una letra, una palabra de este gran libro de Dios. Pero un libro, con los signos y caracteres que lo componen, no hace *ver* el pensamiento del autor, sino que presenta únicamente los signos, de modo que si no entendeis estos signos, ó el libro está escrito en una lengua extraña, no sabeis lo que ha querido decir el autor; del mismo modo, si nos contentamos con mirar el gran libro del universo como los animales, y si nos detenemos en los signos y caracteres sin tratar de comprenderlos, no correspondemos á las intenciones de Dios, y somos culpables en su presencia.

Los paganos no leen la Biblia, y no obstante, dice el apóstol san Pablo, *son inexcusables, y se condenarán por haber tenido cautiva la verdad cerrando los ojos á la luz*¹. « Pero ¿cómo se manifestaba á sus ojos » la verdad, pregunta san Crisóstomo? ¿Qué profeta, qué evangelista, » qué doctor suplía á la Biblia? El libro de Dios, el espectáculo del » universo, responde este gran Doctor². »

¹ Rom. II.

² Homil. in Gen. ad popul. Antioch.

Los cielos nos cuentan su existencia y su poder infinito; la tierra, su bondad; el mar, sus terribles iras, y las pequeñas criaturas, su maternal providencia. Las abejas nos predicán la obediencia y la caridad; la oveja, la mansedumbre y el desprendimiento; las aves, la pureza; todas las estaciones, la muerte y la brevedad de la vida; el insecto, que muere para renacer transformado en un nuevo ser lleno de gracia y de belleza, nos anuncia nuestra propia resurrección; y no hay una virtud, una verdad ó un deber que no tenga su capítulo en el gran libro del universo, y este libro es para todos inteligible.

¡Dichoso el que quiere leer en él! Una incesante armonía halaga su oído y arroba su corazón. El mundo es para él un templo; en todo y en todas partes ve á Dios presente, y á cada instante se siente rodeado de esta presencia sucesivamente majestuosa, paternal, santa, terrible y consoladora. Dios está para él cerca, lejos, aquí, allá, encima, debajo y en torno suyo. Hé allí una flor, allí está; una estrella, en ella está; y está en el fuego, en el agua, en el soplo y en la tempestad, en la luz y en la noche, en un átomo y en el sol; está en torno mio en ese calor que me anima, y dentro de mí en este aire que me hace vivir. Lo oye todo, los sublimes cantos de los Serafines, los alegres trinos de la alondra, el zumbido de la abeja, el rugido del león, el murmullo del arroyuelo, el bramido de las olas del mar, el paso de la hormiga, y el ruido de la hoja. Lo ve todo, el sol visible al universo, el insecto oculto bajo la yerba ó sepultado bajo la corteza del árbol, y el pez perdido en los abismos del océano; ve el movimiento de sus músculos y la circulación de su sangre; ve los pensamientos de mi alma, y oye los latidos de mi corazón; conoce las necesidades del pajarillo que abre su pico para pedir su alimento, y conoce también mis deseos, alimenta, da calor, viste y protege todo lo que respira; es mi Padre, y ¡podría olvidarme!

El hombre que reconoce esto será bueno y justo; dominado por la idea de la omnipresencia de Dios, tendrá un corazón puro, una mano liberal, una vida santa; paz constante, rostro sereno, muerte tranquila, y una eternidad gloriosa. ¡Feliz quien sabe leer en el gran libro del universo!

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, os doy las gracias por haber criado para mí este magnífico universo; en lo que entiendo y en lo que no comprendo os adoro igualmente, porque sois en todas las cosas igualmente sabio, poderoso y bueno. Dadme la gracia de que lea con los ojos de la fe en el gran libro del universo.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, repetiré con frecuencia: Dios está aquí.

LECCION XII.

OBRA DE LOS SEIS DIAS.

Continuacion del sexto dia. — El hombre. — Explicacion de las palabras *hagamos al hombre*. — El hombre en su cuerpo. — En su alma. — Espiritualidad, libertad, inmortalidad. — El hombre en su semejanza con Dios.

Dios dijo en seguida: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza, y tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra.*

Y crió Dios al hombre á su imagen: á imagen de Dios lo crió; macho y hembra los crió¹.

Formó, pues, el Señor Dios al hombre del barro de la tierra, é inspiró en su rostro soplo de vida, y fué hecho el hombre con ánima viviente².

Escrito está ya el gran libro del universo; pero ¿de qué sirve un libro, si no tiene lector, de qué un magnífico cuadro, si no tiene espectador ni admirador? No, ese lector, ese espectador y admirador no existe. Los Ángeles no tenían necesidad de este libro ni de este cuadro, porque conocen al Autor en sí mismo, leen su pensamiento en su divina esencia, y le ven cara á cara. En cuanto á los animales y á las plantas, este grandioso espectáculo es como si no existiera, pues están privados de inteligencia. Repetimos, pues, ¿para qué sirve este libro, para qué este cuadro?

Y además, ¿cuál es el objeto de todas esas criaturas y de todas esas magníficas armonías? Los globos esparcidos por el espacio giran con majestad, pero ¿cuál es la razón de sus movimientos? El sol alumbra la tierra, pero la tierra es ciega y no necesita luz. El calor, las lluvias y el rocío harán germinar las semillas y cubrirán los campos de mieses y frutos, pero son riquezas perdidas, pues no hay quien las coja ni las consuma. La tierra sustentará innumerables animales, pero estos animales no tienen objeto, faltándoles un amo que se utilice de sus buenas cualidades, y concentre, por decirlo así, sus servicios. El caballo y el buey están dotados de fuerzas capaces de arrastrar ó llevar las cargas mas pesadas, pero son inútiles estas fuerzas. La oveja está abrumada bajo el peso de su vellón, y la vaca y la cabra incomodadas con la abundancia de su leche; la tierra encierra en

¹ Genes. I, 26, 27.

² Id. II, 7.